EDITORIAL

En mayo de 2007 se llevó a cabo en El Colegio de la Frontera Sur, en su sede de San Cristóbal de las Casas, Chiapas, un interesante taller cuyo objetivo fue iniciar la preparación de la lista de especies arbóreas del bosque mesófilo de montaña de México que deberían ser incorporadas a la Lista Roja de especies cuya existencia en el planeta está en riesgo. La elaboración de estas listas, las famosas *Red Lists*, es una tarea que desde hace años realiza la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (IUCN, por sus siglas en inglés). Como quizá nunca antes, entre los investigadores que participamos en dicho evento surgió una conciencia colectiva del inminente riesgo que representa el cambio climático global para muchas entidades de la flora característica o exclusiva de este tipo de vegetación.

La evidencia científica y los efectos del calentamiento global se hacen cada día más irrefutables. Las actividades productivas y la vida cotidiana de los seres humanos, basada en el consumo de hidrocarburos y carbón como fuente principal de energía (pero ciertamente más en unos países que en otros), han resultado en un aumento de la concentración de dióxido de carbono y metano (entre otros gases) en la atmósfera, intensificando con ello el llamado “efecto de invernadero”. Dicho efecto está llevando a la elevación de la temperatura promedio de la atmósfera y superficies terrestres y acuáticas a nivel global. La información sobre las consecuencias ambientales, biológicas y socio-económicas de este calentamiento ha comenzado a ser de dominio público. No es extraño escuchar, inclusive en áreas rurales, comentarios sobre el aumento de la incidencia de los huracanes, sobre el hecho de que la existencia de osos blancos, focas y otros animales está en riesgo debido al derretimiento de los glaciares polares, y de la posibilidad de que con el derretimiento de estos glaciares el nivel del mar aumente, ocasionando la inundación de porciones considerables de los continentes.

Sin embargo, existe mucho menos conciencia sobre el peligro que representa el cambio climático para muchas especies de nuestra flora, independientemente de que éstas crezcan o no en regiones costeras. Aunque sin duda tendremos mucho que decir, no será tarea exclusiva de los botánicos buscar soluciones a este gravísimo problema al que se enfrenta la humanidad. No obstante, es un hecho que sobre nosotros recae la responsabilidad de llamar la atención a la sociedad en su conjunto, a nuestros gobernantes y a los tomadores de las decisiones, que inciden directa o indirectamente en la calidad del ambiente, sobre esta nueva amenaza que se cierne sobre nuestra flora. Sin duda, el bosque mesófilo de montaña, con su altísima concentración de especies vegetales, pero tan tremendamente limita-

do por circunstancias ambientales particulares, es uno de los sistemas vegetales más amenazados. Los modelos más conservadores de cambio climático predicen aumentos de temperatura y, lo que es quizá más preocupante, reducciones importantes en la precipitación en todo el territorio de nuestro país. Los cambios predichos del clima son de tal naturaleza que harían que la pequeñísima fracción de nuestro territorio cubierta por bosque mesófilo de montaña se reduzca a cero.

Estas reflexiones pasaban por mi mente mientras el avión que me traería desde Tuxtla Gutiérrez de vuelta a la ciudad de México despegaba en un ambiente completamente cargado de humo. Desde el aire era evidente que la abundancia de las quemaduras propias del estiaje estaban determinando las propiedades de la atmósfera no sólo en la Depresión Central de Chiapas, sino también en regiones más alejadas. Aunque solemos culpar —y no con poca razón— a algunos de los países más desarrollados por el cambio climático global (Estados Unidos de América, Canadá, Australia, y ahora China), debemos asumir la responsabilidad de nuestras propias emisiones de gases invernadero. No podemos negar que a grandes sectores de la sociedad mexicana la extinción de especies de nuestra flora puede no parecer un problema crítico. Sin embargo, es probable que la amenaza de una fuerte disminución en las fuentes que proveen de agua a nuestras ciudades, muchas de ellas ligadas de manera inequívoca a los bosques mesófilos de montaña, enfrente una indiferencia mucho menor.

Paradójicamente, tres días después viajé de nuevo, en esta ocasión a una localidad de bosque mesófilo de montaña de la Sierra Sur de Oaxaca, a realizar trabajo de campo con la estudiante de doctorado Nancy Mejía. Para mi sorpresa, nuestro guía y colaborador en el campo, el Sr. Javier Ramírez, me hizo ver que la comunidad de Teipan, a la que él pertenece, había decidido no demorar ni un árbol más de sus masas forestales, gran parte de las cuales corresponde a bosque mesófilo de montaña. Ciertamente no podemos saber en este momento si estos bosques, fragmentados pero de extensión considerable, podrán resistir al embate del cambio climático. Aun así, sería altamente deseable que la nación entera, sobre todo sus gobernantes en todos los niveles, reconocieran este tipo de iniciativas que están surgiendo de las comunidades campesinas y las apoyaran con toda la fuerza posible, usando la gama disponible de instrumentos legales y técnicos.

Estas oscuras perspectivas para la naturaleza de nuestro país, en particular para su componente vegetal, no impiden que el gremio botánico continúe trabajando intensamente. Por el contrario, cada vez más las investigaciones de los botánicos mexicanos, y de muchos colegas extranjeros, llenan las páginas del *Boletín de la Sociedad Botánica de México* y de otras revistas hermanadas en esta cruzada (*Acta Botanica Mexicana*, la *Revista Mexicana de Biodiversidad*, *Polibotánica*, *Ibugana*, por mencionar algunas de las más importantes).

Las páginas de este número incluyen un análisis de la anatomía vegetativa de un helecho, una listado florístico de una selva baja caducifolia desarrollada sobre

un sustrato volcánico, así como dos interesantes revisiones, una sobre el uso de isótopos estables del hidrógeno y el oxígeno en estudios ecofisiológicos y otra sobre las plantas que tienen actividad contra una bacteria común en el tracto digestivo de seres humanos, relacionada con enormes problemas de salud pública en México y todo el mundo. Se presenta, además, un análisis del daño provocado por animales herbívoros en plántulas de encinos que viven en fragmentos de —precisamente— bosque mesófilo de montaña, y la descripción de dos nuevas especies de nuestra flora —una de ellas propia también del mismo tipo de vegetación—. Por otra parte, aprovechando que con este número se completa la octava decena de números de la revista, incluimos una reseña de todas las contribuciones publicadas desde su primer número, publicado en enero de 1944, hace más de 63 años.

En esta ocasión debo terminar con dos despedidas muy especiales. A principios de año nos enteramos con profunda tristeza del fallecimiento de uno de los personajes más queridos de la etnobotánica mexicana, el Maestro Miguel Ángel Martínez Alfaro. Varios de sus colegas de disciplina le rinden un merecido homenaje a través de su semblanza. La segunda despedida, no menos sentida, se debe a que Lizbeth Guzmán, quien colaboró con nosotros en el proceso completo de edición del *Boletín de la Sociedad Botánica de México* desde el No. 76 y hasta el presente, se separa del equipo para explorar nuevas avenidas profesionales. Su entrega a esta labor ha dejado una profunda huella en la calidad del trabajo realizado y no encuentro palabras adecuadas para agradecerle por ello. Finalmente, reconocemos nuevamente el generoso apoyo económico otorgado por la Coordinación de la Investigación Científica de la Universidad Nacional Autónoma de México, que fue posible gracias a la sensible intervención del Dr. René Drucker Colín.

Jorge A. Meave
Editor